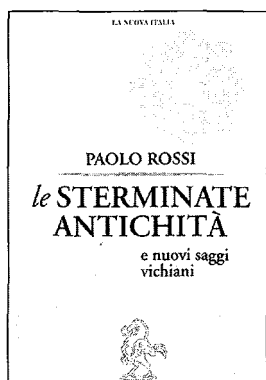


EL VICO DE PAOLO ROSSI

Franco Ratto



[Estudio bibliográfico de / A bibliographical study of: Paolo Rossi, *Le sterminate antichità e nuovi saggi vichiani*, La Nuova Italia, Firenze, 1999, pp. 545].

A excepción de algunos trabajos, el volumen recoge gran parte de la producción «viquiana»; la «Premessa: 1959-1999» (pp. IX-XX) y un perfil bio-bibliográfico del filósofo napolitano («La vita e le opere di Giambattista Vico»; pp. 1-51) introducen al lector al cuerpo del volumen que está dividido en cinco partes o núcleos temáticos, cada una de las cuales recoge diversos artículos redactados sobre un mismo argumento: el primero está dedicado a los «Punti metafisici» (55-164), siguen, respectivamente: «Le sterminate antichità» (167-271); «Arcaismi» (275-396); «Devozioni vichiane» (399-479). En la quinta y última parte el autor repropone, actualizadas, algunas «Schede vichiane» y «Note alla *Scienza Nuova*» (483-516); completan el volumen la «Bibliografia» (517-534) y el habitual «Indici dei nomi» (535-545).

Dar cuenta de una obra tan amplia que, entre otras cosas, afronta algunas cuestiones de fondo como, por ejemplo, la modernidad o no del napolitano, requiere un discurso articulado y espacio adecuado para reseñar, como el que esta revista viquiana nos ofrece: no obstante, estamos constreñidos a limitar nuestro comentario a algunas partes, solicitando al lector una lectura integral del texto, una lectura interesante también allí donde el discurso parece dirigido exclusivamente a los adeptos a los «asuntos viquianos». Una sutil vena polémica atraviesa la obra entera, tono que se acentúa en las páginas dedicadas a las «Devozioni vichiane»; una actitud que depende, de cualquier forma, de la centralidad de los temas y de la radical oposición de las soluciones discutidas.

Oportunamente, en estas páginas Paolo Rossi aclara las más de las veces y de modo inequívoco su propio convencimiento: una cierta esquematización de las posiciones asumidas por el estudioso y por los interlocutores ha inevitablemente empobrecido, por las inevitables ejemplificaciones, un debate mucho más complejo que aquel que nos ha sido transmitido por la historiografía viquiana: Rossi no niega al filósofo una cierta «actualidad»; él, de hecho, no participa de la tesis de Croce del Vico «aislado» en su propio siglo porque sea «precursor» del idealismo del XIX y XX: en su opinión, aunque no faltan elementos de «arcaísmo», Vico es un pensador que tiene una «extraordinaria 'actualidad' aún allí donde parece más 'inactual'».

En la «Premessa» el estudioso reivindica la originalidad de los estudios por él dirigidos en los últimos años sobre el «zenonismo en Vico»: en particular, los resultados conseguidos sobre la «considerada primera fase de la filosofía viquiana» (p. X) son tales «que será difícil, de ahora en adelante, sostener la tesis (presente en Croce y en Nicolini y constantemente repetida) según la cual la doctrina de los puntos metafísicos sería una doctrina original de Vico o añadido de «un descubrimiento filosófico viquiano» (p. X).

Poco después el autor señala los numerosos «perfiles» de Vico, fenómeno que, aún siendo común a otros filósofos (a Bacon como a Descartes) en el «caso» del napolitano ha producido un resultado singular: «el de acentuar el aislamiento de Vico, de reducir a todos sus interlocutores en un pasado indistinto, de desviar la atención de los estudiosos hacia una lectura de los filósofos, de los científicos, de los eruditos, a los cuales Vico hace explícita referencia, en las confrontaciones ante las cuales toma distintas posiciones» (p. XIII). Refiriéndose, en particular, a la tesis crociana, ya por nosotros recordada, P. Rossi observa cómo «en el caso de Vico», la presencia de múltiples interpretaciones ha tenido como «consecuencia la ausencia directa de lectura de las fuentes»; es decir el hecho singular por el cual «se han privilegiado las fuentes imaginarias o los libros que él habría debido leer a las fuentes reales o a los libros o autores que explícitamente (aunque brevemente) discute» (XIV). Resumiendo de modo esquemático los resultados conseguidos, el autor declara «haber demostrado (o mejor haber mostrado): 1) que Vico se sirve casi exclusivamente de autores y de textos publicados entre 1600 y 1680; 2) que esto depende también de su total ignorancia de lenguas distintas del italiano y del latín; 3) que Vico emite, sobre muchos de los grandes filósofos modernos, juicios que son bastante similares a los de los jesuitas y reaccionarios de su tiempo; 4) que Vico se queda sustancialmente del todo indiferente frente a la gran revolución intelectual representada por el newtonismo; 5) que la historia de la cual Vico habla siempre es tan sólo historia humana y que Vico no participa de ningún modo de la discusión, que es central en el XVIII y que llegará hasta nuestros días, relativa al tiempo profundo de la historia y al emerger de la historia humana desde la historia de la naturaleza» (XIV-XV). Muchos estudiosos han interpretado el «arcaísmo» del napolitano como una afirmación tendente a disminuir su *grandeza* en el ámbito del pensamiento moderno: oportunamente el autor subraya como el problema no consiste en declararse «*pro o contra*» Vico sino «de indagar dentro de aquel complicado entramado de arcaísmos y de modernidad lo que es constituido por su filosofía».

El problema es, por tanto, mucho más complejo de cuanto pueda aparecer en una estereotipada ejemplificación: en esta perspectiva, el autor exhorta a «liberarse definitivamente de tonos reactualizadores que han caracterizado la disputa entre interpretes católicos e interpretes laicos de Vico» aunque, en su opinión, es «más urgente liberar definitivamente las discusiones sobre Vico de aquella sobrecarga ideológica que está ligada a la imagen primero gentiliana y luego marxista de un Vico exponente de una típica *tradición italiana* de la filosofía». En otros términos, la «devoción» por el napolitano de parte de algunos estudiosos se resume no ya en el «creer que Vico sea un gran filósofo» sino «en el creer que Vico sea también un filósofo actualizado, atento lector de textos a él contemporáneos, todo y completamente ‘moderno’» (p. XV). Para P. Rossi, no se trata de escoger entre el «Vico iluminista» de Gustavo Costa y el «Vico antimoderno» de Mark Lilla, sino de saber discernir en aquella «irrepetible, extraordinaria, fascinante mezcla (de) *temas arcaicos*», en las confrontaciones de las ciencias de la naturaleza, de las «*revolucionarias verdades modernas*»

(p. XVI) de las ciencias históricas y antropológicas. En otras palabras Rossi no niega los «grandes descubrimientos» del napolitano que, sucesivamente, enumera en las páginas (44-45) dedicadas a «Vico y su tiempo» y en las cuales define la *Scienza nuova* como «una singular mezcla de lúcidas doctrinas y de súbitas intuiciones, de especulaciones y de entusiasmo, de análisis precisos y de confundidas o erradas citas» (p. 44). En otras palabras, para el estudioso, Vico «pertenece sin duda alguna a la historia —a la gran historia— del pensamiento europeo», a pesar del «carácter equívoco y un poco incierto, a veces contradictorio con no pocas [de sus] soluciones»; la «incertidumbre de muchas [de sus] actitudes»; el «hecho de que muchas [de sus] páginas ofrecen la posibilidad de una doble, y tal vez contrastante interpretación», como han subrayado «los más grandes y agudos intérpretes» (p. 45) de su pensamiento. No por casualidad Vico ha devenido a menudo un «abanderado para batallas antiiluministas o antipositivistas y antiidealistas; [...] una base cultural, a la vista de precisas operaciones ideológicas» (pp. 45-46). A pesar de las precedentes «afirmaciones» el autor vuelve, rápidamente, a rebatir su propio convencimiento: Vico le aparece «ligado a la atmósfera y a los problemas de la filosofía del XVII»; su oposición no está circunscrita a la «física cartesiana y galileana»: «frente al movimiento de renovación de la cultura napolitana, como frente a las grandes corrientes del pensamiento moderno Vico asume, hasta 1710, una actitud de crítica y refutación» (p. 47). En este punto, pues, nos parece bastante difícil de seguir el discurso del autor: una actitud de rechazo tan radical por parte del filósofo en las confrontaciones con la cultura moderna ¿cómo se concilia con aquellas intuiciones que hacen de su pensamiento un pensamiento de la «gran historia» moderna? La misma decisión del napolitano de no «leer más libros» es entendida por el autor como una confirmación del carácter «retrógrado» de muchos de sus juicios: Rossi sabe bien que el valor de este testimonio es demasiado relativo también porque en ocasión de aquella decisión Vico polemiza con la análoga determinación de Hobbes (cfr. G.B. Vico, *Vici Vindiciae*, en *Opere Filosofiche*, a c. de P. Cristofolini, Sansoni, Firenze, 1971, VI, p. 732). Poco después el estudioso señala otra afirmación del napolitano, contenida en la *Autobiografía*, susceptible también ella de lecturas diferentes: la decisión del filósofo de suspender el comentario a la obra de Hugo Grocio, por «herético». Tampoco este episodio, puede, en nuestra opinión, constituir una nueva prueba del carácter «reaccionario» del pensamiento viquiano: como nuestro ilustre estudioso, y amigo, sabe bien, Vico llevó a término la publicación de la traducción italiana del *De jure belli ac pacis* del holandés. Entre otras, Vico en su mismo escrito autobiográfico precisa que las notas por él expuestas a la obra grociana eran «en reprensión» de aquellas de Gronovio y no contra las tesis del juriconsulto holandés. De otra forma, es verdad que Vico consideró a Hobbes como el autor en cuya doctrina se sumaban todas las tesis por él sostenidas, pero es también verdad que muchos son los elementos, presentes en Hobbes y en Vico, que hacen entrever, más allá de la misma declarada oposición del napolitano en las confrontaciones del filósofo más allá de lo mantenido, una afinidad sustancial sobre algunos temas fundamentales (por ejemplo, el análisis del fenómeno religioso, la confutación de la doctrina del Estado mixto, etc.).

El retrato del napolitano que Rossi delinea en las conclusiones de este artículo parece no concordar del todo con aquella admisión de «modernidad» que el estudioso había reconocido precedentemente, aún con aquella reserva: Vico es un «profesor de retórica, lleno de ingenuidad, de amargura de ilusiones y en conjunto animado por una increíble fuerza moral; un pensador en tantos aspectos inciertos y oscuros y capaz de páginas altísimas de *pathos* y de doc-

trina; un hombre que está aislado porque refuta la cultura de su tiempo y porque, a causa de su total ignorancia de las lenguas modernas, ha perdido los contactos con lo más reciente del pensamiento europeo, con el trabajo de los filósofos, de los científicos, de los historiadores y de los eruditos: un pensador que está en muchos aspectos atrasado y arcaico y que está todavía en «un ángulo muerto de la historia», afrontando entre 1717 y 1730 problemas característicos de la situación cultural de la mitad del siglo precedente, llegando a expresar, con fuerza inusitada, «algunas ideas de importancia esencial». «También liberando Vico —concluye Rossi— de su eterna figura de adscrito y de precursor, también refutando todo imposible acercamiento entre Kant y Hegel, se nos hace cuenta que la vieja, conjunta imagen de un Vico solitario, en contraste con su siglo, conserva paradójicamente su carga de verdad» (pp. 50-51).

Rossi volverá en los escritos sucesivos a rebatir las afirmaciones apenas citadas, que han llegado a constituir un *topos* en la historiografía viquiana: no sólo rebatirá cuanto aquí se ha afirmado sino que replicará, como veremos a su tiempo, a las observaciones formuladas por Eugenio Garin a propósito.

La primera parte del volumen comprende tres artículos, respectivamente titulados: «I punti di Zenoni: una preistoria viquiana» (pp. 55-107); «Ritratto di uno zenonista da giovane» (pp. 109-154); y «¿Dimenticare Zenone? Conati e punti nella *Scienza Nuova*» (pp. 155-164): «el primero intenta [...] combatir la idea de Zenón como docto enmascaramiento de las ideas originales de Vico; el segundo muestra el peso decisivo del zenonismo en la doctrina viquiana de los puntos metafísicos» (p. XI). En el tercero Rossi refuta, entre otras cosas, la tesis sostenida por G. Costa relativa a la «continuidad» entre el Vico del *De antiquissima* y el de la *Scienza nuova*, una continuidad fundada sobre el concepto de *conatus* al cual, según Costa, Vico habría permanecido fiel durante años hasta su muerte» (p. 156). Para Rossi tal término tiene, por el contrario, un significado «diverso» en cada una de las dos obras citadas: en la primera es definido como «*virtus movendi, virtus qua quid extendatur*, como cualquier cosa que *iniquis motibus aequus subest*, que no está presente en las cosas mismas, que es la *infinita movendi virtus*» (p. 157) mientras que en la obra de madurez, el concepto está puesto en relación a las violentas pasiones que dominaban a los primeros hombres, es decir, expresión de la libre voluntad del hombre. De la lectura de los párrafos 504, 689 y 1089 de la *SN44*, el autor recaba el «contexto moral» en el cual Vico discute del conato, contexto bien diverso de aquel «metafísico» de 1710. Por cuanto se refiere a los dos «Zenones» —de Cizio y de Elea— Rossi precisa que «en las primera y tercera ediciones de la *Scienza nuova*» no hay ahí ninguna confusión entre los dos: «Vico hace referencia, en el curso de las varias ediciones de su principal obra, sólo al estoico Zenón de Cizio. El Eléata no habría procurado muchas satisfacciones a Giambattista Vico. La figura del antiguo filósofo, si importante en un tiempo para Vico, desaparece de la *primera Scienza nuova* y de la *tercera Scienza nuova*» (p. 160). A la historia y a sus orígenes está dedicada la siguiente segunda parte que se abre con el ensayo titulado «I tempi della storia» (pp. 167-204), seguido por «Le storie e la storia sacra: un'alternativa» (pp. 205-226); «Rimossi i sapienti rimangono i bestioni» (pp. 227-253); «Dispute su barbari e ferini» (pp. 255-271). En el tercero de los cuatro artículos, el autor precisa ante todo que «el concepto viquiano de *vanidad de las naciones* no es ni el fruto de una genial intuición, ni, mucho menos, un 'descubrimiento' viquiano»: de hecho, «el tema de la vanagloria y de la presunción de los pueblos habría devenido tras la mitad del siglo XVII [...] un verdadero y propio *topos* literario».

La «vanidad» implícita en los discursos «sobre su indeterminada antigüedad» reivindicada por cada pueblo preocupaba no poco al napolitano: él, de hecho, «era bien consciente de que tras» aquellos discursos «habría obrado, como una perenne amenaza para la tradición cristiana, la tesis materialista y libertina de la eternidad del mundo» (p. 235). En las *Annotazioni alla tavola cronologica* Vico polemiza contra Marsham, Spencer y Van Heurn los cuales habían sostenido la anterioridad de la sabiduría egipcia en las confrontaciones con la judía. Para el napolitano, la historia sagrada es, por el contrario, «el criterio y el lugar de resolución de los problemas de la historia profana»; ella es «*más antigua* que cualquier historia profana y da por sí sola certeza de los inicios y de lo posterior». A la luz de todo lo precisado, Rossi refuta algunas afirmaciones, entre las cuales, por ejemplo aquella relativa a la existencia de dos historias «paralelas» (y sin ningún contacto recíproco); o por el contrario que Vico manifieste en la obra mayor «*más una fe en la Providencia en general que en el cristianismo en particular*» (p. 239). Para el estudioso, Vico no es «un ingenuo apologista de la ortodoxia»; él «tiene enfrente adversarios bien determinados: Bayle, Hobbes y Grocio y toda la tradición impía de los negadores de la superioridad de la historia sacra. Combate contra estos adversarios y pone problemas, ofrece explicaciones, avanza teorías, elabora explicaciones, descubre también «verdades» que tendrían sobre el pensamiento moderno un peso decisivo» (*ibid.*). Sobre la impiedad de Hobbes y de Grocio sería necesario hacer algunas observaciones, que, no obstante, remitimos a otro lugar. Posteriormente Rossi refuta la tesis elaborada por Mario Sina, según la cual Vico sería «el sostenedor de una ‘cronología de la historia humana de inspiración laica’». Para el autor, Vico sostiene «*exactamente lo contrario*» de lo afirmado por el interlocutor: el «entrelazar en la historia sacra los principios de la historia profana no es una necesidad dictada por la fe» sino «humana» (p. 242).

A la «modernidad» o no de Vico dedica el autor la tercera parte del volumen; ella comprende los siguientes ensayos: «¿Chi sono i contemporanei di Vico?» (pp. 275-303), ponencia leída en el Congreso *Vico/Venecia* y publicada por primera vez en «*Rivista di Filosofia*», en 1981; siguen otros cinco ensayos: «Autocensure» (pp. 305-317); «Boulanger e Vico: Una filosofia senza natura» (pp. 319-332); «William Warburton: linguaggio e scrittura» (pp. 333-346); «La religione dei geroglifici» (pp. 347-386) y, por último, «Ancora sui contemporanei di Vico» (pp. 387-396), que es una respuesta a las observaciones que le habían sido expuestas por E. Garin sobre el precedente artículo.

En el primero de los ensayos citados Rossi refuta la interpretación de A. Battistini en relación al mito de Vico «pensador solitario y aislado de su contexto cultural, ideológico y político» (p. 275). En opinión del autor, «el problema es [...] el de la amplitud, complejidad y variedad de los contextos; es sobre todo el de los modos en los que se mueve dentro de un contexto» (pp. 275-276). En otras palabras, para Rossi el «contexto» dentro del cual viene situado el napolitano por algunos de sus intérpretes ha sido «ampliado» hasta darnos un «audaz ‘novator’»; para el cual ‘el aprecio del método científico moderno está fuera de discusión’ y el concepto de Providencia expresaría sólo ‘la voluntad de autoconservación que guía a los hombres’ [Battistini, 1979, pp. 46-47]» (p. 276). Contra tales afirmaciones y otras formuladas, en particular, por Nicola Badaloni y por Gianfranco Cantelli, Rossi rebate la «coexistencia [...] de elementos ‘arcaicos’ y de tesis ‘modernas’, de ‘retrocesos’ y de ‘innovaciones’»: en su opinión, el aspecto «arcaico» del pensamiento viquiano es deducible: «1) de los estudios sobre las figuras y sobre los ambientes intelectuales frecuentados por Vico; 2) de la directa lectura de las fuentes del XVII, a las cuales Vico se remite explícitamente; 3) de la sistemática lectura de

los textos de los filósofos, de los anticuarios, de los juristas, de los eruditos europeos que entre la mitad del XVII y los inicios del XVIII afrontaron, desde diferentes puntos de vista y a menudo absolutamente independientes del de Vico, el mismo tipo de problemas que Vico venía afrontando entre 1710 y 1740» (p. 277). En las páginas siguientes, el autor desarrolla algunas breves observaciones sobre las tesis formuladas por Massimo Reale, Mario Sina, G. Cantelli, Isaiah Berlin y E. Garin, del que menciona tanto el ensayo de 1968, *Da Campanella a Vico*, como la ponencia del Congreso veneciano de 1978, *Vico e l'eredità del pensiero del Rinascimento*, a propósito de la cual observa: «Sobre la radicalidad y sobre la cautela, pero sobre todo sobre el *arcaísmo* y la *inactualidad*, Garin ha revisado sus posiciones: en el ensayo [citado] el aislamiento de Vico en su tiempo viene presentado como un mito ya caído: se trataría de hecho de un 'pretendido aislamiento' y de un 'pretendido atraso'». Contra las conclusiones de Garin, según el cual «Vico 'bien lejos de ser un solitario atrasado está colocado de lleno dentro del gran debate del siglo'», Rossi insiste sobre «el 'atraso' de las lecturas viquianas y [sobre] la 'pérdida de contacto' debido a la imposibilidad de acceder directamente a una grandísima cantidad de estudios y de investigaciones» (p. 300). A propósito, entonces, del conocimiento de las lenguas modernas, para Rossi el problema consiste, por el contrario, en la individuación «de las lecturas efectivas de un autor o (en el) hacerse consciente de su nivel de conocimiento» (p. 301). El estudioso, en la misma página pero en nota a pie, se declara de acuerdo con el interlocutor sobre un hecho específico: lo «que 'más llama la atención' en Vico 'es justo su extraordinaria *actualidad*, también allí donde parece más *inactual*'». «Aquella actualidad —observa Rossi— es también para mí 'extraordinaria' o [...] 'imprevista'» (p. 301, n.63). Como habíamos ya señalado, el estudioso dedica al interlocutor el artículo completo titulado *¿Chi sono i contemporanei di Vico?*, en el cual tras haber discutido las observaciones, concluye declarando «del todo no sostenibles las siguientes cuatro afirmaciones: 1) que Vico fuese 'consciente de las conquistas de la nueva física y de sus límites'; 2) que él pueda ser colocado históricamente 'en la crisis de los fundamentos de la nueva ciencia' porque habría 'puesto en discusión los fundamentos metafísicos de la revolución científica'; 3) que no se pueda de verdad hablar de un 'pretendido atraso' de Vico como de un 'mito ya superado'; 4) que los 'contemporáneos' de Vico hayan sido propiamente sus contemporáneos» (pp. 396-397).

Rossi vuelve a afrontar el tema de la «arcaicidad» o «modernidad» del napolitano en el primero de los artículos comprendidos en la parte siguiente del volumen: en estas páginas él discute la tesis de Berlin, para el cual el napolitano fue «un audaz innovador en el campo del derecho natural y de la jurisprudencia, de la estética y de la filosofía de la matemática»; «el inventor de un nuevo campo del conocimiento que comprende la antropología social, los estudios históricos comparados de filología, lingüística, etnología, jurisprudencia, literatura, mitología» (p. 402); de Giuseppe Recuperati, sobre la relación entre historia sagrada e historia profana; de A. Battistini, del cual asume algunas conclusiones sobre la «novedad» de los resultados conseguidos por el napolitano no obstante «el atraso de los instrumentos utilizados» (p. 403); recuerda también, las posiciones asumidas por otros estudiosos como Ludovico Geymonat, Carlo Augusto Viano, N. Badaloni, P. Piovani. Rossi propone luego una personal particular lectura de la «dignidad» 106 [«Las doctrinas deben comenzar por donde comienzan las materias que tratan»], una lectura que ve en el derecho el ámbito en el cual aquella afirmación muestra toda su «verdad y su importancia» (p. 411). Para Badaloni esta dignidad tiene un significado epistemológico: Vico se serviría de ella para « *fijar o delimitar el objeto de su investigación*» (p. 418); para Rossi, por el contrario, tiene un sig-

nificado del todo «opuesto»: establece que «necesita hablar de las cosas desde cuando ellas comienzan a ser, no desde cuando estas cosas se presentan como objetos que *están*, que todos pueden ver y de los cuales todos pueden constatar la existencia» (*ibid.*). Muchos son los temas y los interlocutores de estas páginas; imposible resumir aquí los contenidos: nos limitaremos a señalar brevemente aquellas páginas en las cuales el autor refuta las tesis de Gustavo Costa sobre las relaciones entre Vico y Locke y de Paolo Cristofolini sobre Vico y Perizonio.

El autor nota ante todo cómo desde hace tiempo e incansablemente G. Costa se ha afirmado «sobre un ‘pretendido’ arcaísmo y sobre la inconclusa modernidad de Vico»; el estudioso de Berkeley, aliándose «con las tesis avanzadas por Abbagnano en 1966 sobre un Vico ‘manifestación integrante del iluminismo del XVIII’» sitúa al napolitano «en medio de cambios intelectuales intensísimos, no sólo entre Nápoles y otros centros culturales de la península, sino entre Italia y Europa». De tal modo, Vico estaría «al unísono con sus tiempos» y «abierto a todos los fermentos de nuevas ideas que nacen en Europa» (pp. 439-440). Por cuanto se refiere, en particular, a Locke, Costa «está firmemente convencido de la decisiva importancia de la lectura» del filósofo inglés, hasta el punto de hacer del *Ensayo sobre el entendimiento humano* una «fuente» de la *Scienza nuova*: en otras palabras, Vico habría recibido del desarrollo de la psique de la infancia a la madurez, delineado por Locke, la idea de un análogo desarrollo «del individuo a la sociedad», afirmaciones todas, para Rossi, por demostrar.

Otro «contemporáneo» del napolitano, sobre el cual se ha detenido P. Cristofolini, es Perizonio: en su opinión Vico «no podía no haber leído a Perizonio», como demostrarían «tres referencias textuales», juzgadas, no obstante, por Rossi «todas y cada una erradas» (p. 456). Para Cristofolini, la primera referencia consiste en el hecho de que «al inicio de la obra de Perizonio está presente la distinción ‘varroniana’ de los tiempos del mundo (oscuro, fabuloso, histórico) que se encuentra también en Vico» (pp. 456-457), circunstancia que para Rossi no prueba «nada». La segunda argumentación de Cristofolini se funda sobre la presencia, en Perizonio, del tema de la *vanitas* a propósito de la «vanidosa primogenitura de los Egipcios»; en otros términos Perizonio constituiría el único e inmediato precedente del napolitano. Para Rossi, sin embargo, el tema de la *vanitas*, de Agustín a Vico, está tan difundido que no se puede considerar como un tema original del napolitano el tema de la «vanidad»: Rossi cita hasta once autores (cfr: pp. 458-459) en los cuales esta presente aquel tema, entre los que recuerda a Agustín, Josefo Hebreo y Gerard Voss, «que Vico declara haber leído» (p. 457). Para el autor, también «el tercer argumento aducido por Cristofolini no es menos consistente que los dos primeros»: se refiere a la tabla cronológica con la que se concluye la obra de Perizonio, circunstancia que «deja poco espacio a la hipótesis de que a Vico le haya venido la misma idea, como suele decirse, por pura casualidad» (460). Sobre la base de las afirmaciones viquianas contenidas en la *Scienza nuova* del 25 o la del 44, Rossi concreta en Petau o Petavio y en Giuseppe Giusto Scaligero dos posibles antecedentes del napolitano.

Muchas otras cuestiones habrían merecido ser señaladas a los estudiosos. Al terminar estas notas, no breves pero siempre parciales, concluimos poder afirmar que el tiempo no ha disminuido la importancia y la vivacidad de las tesis propuestas nuevamente en estas páginas por el autor, algunas enriquecidas con nuevas argumentaciones. Como quiera y cualquiera que sea la propia, «personal» lectura del napolitano, ningún estudioso puede prescindir de estos ensayos, participe o no de los análisis fundados siempre sobre un indiscutible patronazgo de los textos.

[Trad. del Italiano por M. J. Rebollo Espinosa]

* * *